

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 180

25 cts.

Protagonista
Dustin Farnum

Por la buena o por la mala

Con este número se regala el retrato y biografía de LON TELLER

Novela Popular

Cinematográfica

THE GRAIL 1923

POR LA BUENA
o
POR LA MALA

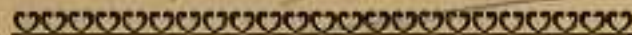
Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película de aventuras del mismo título. Producción de la célebre casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm», Valencia, 386

Protagonista : Dustin Farnum



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 935



PRIMERA PARTE

Esta historia, no es más que un reflejo, excelente por cierto, de las hazañas de los jinetes de la policía fronteriza de Tejas, cuya tradición de valor, de audacia y de ímpetu, se ha transmitido año tras año como una de las más bellas leyendas de nuestros tiempos.

El día en que comienza, acababa de recibirse, en el cuartel general, la noticia del asesinato de uno de los jinetes, perpetrado cerca del pueblo denominado Preston.

El jefe del cuerpo confió la captura de los culpables a Chick Selby, que tenía fama de no volver nunca al cuartel sin el delincuente perseguido y que, además, era sabido que no había nada más alto para él que el cumplimiento de su deber.

Selby, protagonista de cuanto se va a relatar, recibió la misión que se le encomendaba con ánimo

tranquilo, no obstante ser esta sumamente delicada. Así se lo hizo comprender su jefe, diciendo:

—Me informan, con todo detalle, de que el pueblo de Preston está todo él a favor de los responsables del asesinato. No será fácil, por tanto, averiguar nada respecto a ellos. Sabemos que son Jaime Triunfal y su hijo, personas allí muy queridas. El hijo está enamorado de Dora Bledsue, hija del pastor protestante del lugar...

—Perfectamente—repuso Selby.—Con todos esos detalles, ya sé lo que tengo que hacer.

El jefe agregó, aclarando más su pensamiento:

—Esa muchacha... la hija del pastor... sabe sin duda dónde están escondidos los fugitivos... Lo cual quiere decir que tendrás que capturarlos por intermedio de una mujer...

—Puesto que la orden es que me apodere de ellos... así lo haré... *por la buena o por la mala*.

—Exactamente, ese es mi pensamiento... Lo has interpretado de un modo magnífico.

—No haré más que cumplir mi deber...

—Ya lo sé... ¿Por qué si no te envío a ti? Y puesto que estás en tan buena disposición, puedes salir en el tren de esta noche para Preston. Una vez allí, puedes poner en práctica los medios que creas más convenientes. Tienes plena libertad para ello...

Sakré en ese tren—dijo Selby con perfecta naturalidad y sin más comentarios.

A poco, mientras él se preparaba para la marcha, allá en las colinas que rodean a Preston, dos hombres buscaban refugio seguro contra la persecución, que

sabían no había de tardar. Estaban en aquellas colinas escondidos desde el primer momento, desde la hora maldita en que la fatalidad los convirtió en fugitivos. La desgracia, por su misma grandeza, había fortalecido al padre dándole nuevas energías. Pero la sensibilidad del hijo se dolía de la carga del peso de la soledad en que tenía que vivir. Era éste un místico y estaba enamorado. No pudiendo ver al objeto de su amor, leía libros religiosos. Sin embargo, de vez en vez se lamentaba:

—Tengo miedo... Siempre sola aquí... Esto me lleva a tratar de desentrañar la verdad... ¿Qué es la verdad? Trabajar por saberlo es un tormento... ¿Y si Dios nos hubiera dejado de su mano?

Oyéndolo, el padre le miró. Y viéndole un libro en la mano, exclamó:

—¿Otra vez leyendo simplezas? Empiezo a creer que tienen razón los que te llaman loco...

—Siempre llaman loco las gentes al hombre que estudia.

—¡Beh!

No hablaron más. En el fondo, el padre admiraba al hijo. En cuanto a éste, era un ejemplo vivo de lo que ocurría en el pueblo, donde a la sazón se notaba un potente resurgimiento religioso.

El reverendo Bledsue había interpretado mal aquel resurgimiento. Esta mala interpretación y su tendencia a verlo todo por el lado trágico, hacían que no tuviera otro lenguaje que el apocalíptico. Hasta tal punto, que su palabra era el terror. Sin embargo, todo el pueblo iba a escuchar sus sermones. Aquella

noche tenía anunciado uno. Fueron llegando, en multitud, los oyentes. Entre ellos estaba Susie Trammal, hija y hermana, respectivamente, de los fugitivos; la hija del reverendo, nombrada por el jefe de los jinetes, que era muy bella; Sam Hervey, el único abogado del pueblo, que no cesaba de mirar, como a escondidas, a Susie. Era visible que entre ellos había un secreto. Por último, en un rincón, estaba nuestro protagonista, que ya había llegado para cumplir su misión y que, informado de la situación moral y religiosa del pueblo, ya se había formado un plan de combate.

El pastor, con voz imponente, dijo en cuanto se hizo el silencio:

—El tema de mi sermón de hoy será: «En pecado naciste y en pecado morirás.»

Inmediatamente, de labios del predicador empezaron a surgir torrentes de anatemas... visiones de tormentos eternos... horrores en los que se debatían los condenados...

Su esposa, que le oía de cerca, dijo a la hija de ambos:

—Tendré que comprar otra botella de medicina. Después de tantos gritos, tu padre toserá toda la noche.

La hija no hizo ningún comentario a esta afirmación, pero le preguntó, refiriéndose a nuestro protagonista:

—Mamá, ¿quién es aquel forastero que hay allí?

—Es un vendedor de Biblias que ha llegado en el tren de esta noche... Parece un buen hombre...

Estuvo hablando con tu padre unos momentos, y me agradó mucho lo que dijo:

Me parece que no está muy satisfecho del sermón de papá.



—No es extraño. Por lo que le oí decir, tiene un sentido muy diferente de la religión.

En este momento, alguien entregó a Dora, que así se llamaba, como ya hemos dicho, la hija del pastor, un papel en el que, escrito con lápiz, se leía:

«John te espera junto al coche de los Briggs.»

John era el hijo de Trammal. Dora, para justificar su salida, dijo a su madre:

—Voy a comprar la botella de medicina... no sea que cierren la farmacia...

Un momento después, estaba junto a su enamorado, al que, viéndole intranquilo en grado extremo, dijo:

—No te atormentes... No hay agentes de policía en los alrededores...

—Me da tanta pena estar allí arriba, solo, lejos de ti... que por esto estoy tan nervioso...

Entretanto, continuaba surgiendo el fuego de los castigos... en inagotable torrente, por la boca del pastor...

John y Dora se habían acercado al lugar donde hablaba. Y como aquél le oyera, dijo a su amada:

—¡Qué horror! ¿Oyes, Dora? La condenación eterna... eso es lo único que me espera...

En este momento, el pastor dió fin a su plática, diciendo:

—Sobre el tema que acabo de desarrollar, podría hablar toda la noche, pero el hermano Brown, que ha llegado esta noche para distribuir la Biblia en este pueblo, va a decirnos unas cuantas palabras...

Un oyente dijo en voz que todos pudieran oír:

—Si sigue con historias del infierno y de las penas eternas, saldré a beber un trago...

Selby ocupó el lugar que el pastor había ocupado hasta entonces. Y, por un momento, se olvidó de su delicada misión, tomando en serio su papel de hermano Brown. Y habló, con voz conmovida, de

las máximas cristianas, dulces como la risa de un niño, que aprendió en las rodillas de su madre.

Su breve charla emocionada, terminó con estas palabras:

—Así es Dios... como un padre que se apiada de sus hijos...

Y aquellas palabras fueron para todos como una bendición.

SEGUNDA PARTE

Más bendición que para todos fueron para John, que las escuchaba desde fuera y que, con lágrimas en los ojos, dijo a su amada:

—No sé por qué, las palabras de ese hombre me han infundido ánimo... Es decir, sí sé por qué... Pero es tan extraño oír cosas así... ¿No viste que dijo que Dios, en su misericordia, nos perdonaría nuestras culpas? Yo, pues, seré perdonado, pues que mi culpa es leve y circunstancial. No he hecho nada malo por voluntad...

Empezaban a salir las gentes del sermón, o de los sermones, y Dora y John se alejaron. Ya en la calle todos, el pastor dijo a nuestro protagonista:

—Venga a tomar un refresco con nosotros, hermano... Ha expuesto usted algunos puntos de vista, en su plática, con los que no estoy conforme, y me agradaría que discutiéramos, amistosamente, desde luego...

—Cuando usted quiera, amigo mío... Estaré bastante días en este pueblo, que me ha gustado...

Después de esto, Selby preguntó que dónde po-

dría hospedarse. Lo enviaron a casa de Tremmal... Nada mejor para sus planes.

En el hogar de los Tremmal, en el que sólo habían quedado madre e hija, la abnegación y la entereza luchaban contra el infortunio. Era un consuelo para las dos mujeres que el forastero fuese a hospedarse a su casa. La presencia de aquel hombre, de dulce mirada y dulces palabras, era una fuente de optimismo.

El propio pastor acompañó a Selby a aquella casa, para mayor conformidad de todos. Y un momento que el pastor se quedó a solas con la esposa de Tremmal, le preguntó:

—¿No hay noticias de la sierra, señora?

—Dígan por ahí que ha venido a buscarlos un jinete, llamado Chick Selby, que tiene fama de no fracasar nunca. Desde que nos lo dijeron, estamos sufriendo horrorosamente por ellos. Especialmente Susie, sufre mucho más de lo que es dado imaginar...

—Me parece, señora, que hay alguna otra cosa que la preocupa, además de la suerte de su padre y de su hermano.

—¿Qué quiere usted decir?

—No es que sepa nada. Todo son figuraciones.

—Pero qué es lo que se figura usted?

—Nada concretamente. Pero ojalá que me equivoque.

El pastor no se equivocaba. Susie, en aquel preciso momento, entraba en el despacho de Sam Harvey, el abogado, al que dijo en tono de queja:

—Sam, no has ido a verme desde que mi padre se vió obligado a refugiarse en la sierra. ¿Por qué?

—No tengo tiempo para hablar hoy, Susie... Estoy ocupadísimo.

Y como viera que la joven se disponía a hablar más, hizo un gesto de disgusto y abandonó el despacho, dejándola sola, sumida más que nunca en sus negros pensamientos.

A poco salió y se encaminó a su casa. Iba cabizbaja, rondada, deshecha. El dolor la consumía. Un dolor íntimo, secreto, hondo y penetrante. Selby la vió llegar, como una dolorosa, y compartió su pena, sin saber cuál fuera. Tan pálida y demacrada la vió, tan transpasada por las sutiles espadas de la angustia sin nombre que produce el verso desatendida de quien más se espera lo contrario.

—Sam Harvey... empezó a decir a su madre,—no ha querido escucharme.

Y, seguidamente, contó, a medias la historia de ciertas relaciones sayas con el abogado.

Queriéndola consolar, su madre le dijo:

—No te aflijas... Tu padre sabrá arreglarlo todo.

En los días siguientes, que transcurrieron sin ninguna novedad digna de mencionarse, fué aumentando, de un modo portentoso, la influencia del vendedor de Biblias. Todo el mundo le admiraba y le consultaba; todo el mundo le escuchaba con reverencia... Dora, especialmente, le escuchaba con arrobamiento... En el fondo, las palabras de él tenían para ella un interés muy particular.

Una noche, John bajó de la montaña. De antema-

no, había citado a Dora, a la que dijo en cuanto estuvo ante ella:

—Dora, amada mía, sólo he bajado para decirte que he encontrado una paz como nunca la conocí. Y esta paz es porque he hallado la fe, que me salva. Y todo lo debo a él, a ese forastero... Tiene sobre mí una influencia extraña y poderosa...

—Sí... es un hombre muy bueno...

—¿No podré yo volver a escuchar sus palabras salvadoras?

—Sí. Le haré llamar para que hables con él... detenidamente... Pero a condición de que no le digas quién eres...

—¡Llámallo... Quiero oírle... Nada le diré.

TERCERA PARTE

John tuvo que marchar a la montaña, rápidamente, porque se aumentaron los rumores de que Selby les acechaba de cerca. Así, no pudo hablar, como quería, con el hermano Brown. ¿Cómo había de adivinar que tras aquellos dos nombres sólo había un hombre, y que éste era su perseguidor?

Dora, sin embargo, se encargó de procurar, para otro día, la entrevista de los dos hombres.

Inmediatamente que John se hubo marchado, ella se fué a ver a nuestro protagonista, pero éste no estaba en su casa; había ido a ver al abogado que, sabiendo quién era, le callaba quien sabe con qué intenciones. Para ver si lograba saber algo por boca del forastero, en cuanto éste llegó, le dijo:

—Estoy seguro de que usted ha venido aquí con alguna misión santa... y que no quiere revelarnos quién es...

—No. No soy ningún profeta... Sólo he preten-

dido recordar a los fieles de Preston algunas verdades elementales...

El anuncio de una visita, hizo que el abogado hiciera pasar a Selby a otra habitación. Quien llegaba era Susie, a quien el abogado dijo en seguida:

—Me han dicho que John ha venido al pueblo a escondidas... ¿Está en la casa de Dora?

—No... no está allí... Pero hablémos de otra cosa, que es a lo que he venido. He estado a ver a mi padre y se lo he confesado todo... Claro que le he dicho, por último, que te casarías conmigo, de lo que me tienes hecha promesa firme...

—¿Para qué hiciste eso? ¿No te recomendé que no confiaras nuestro secreto a nadie?

—¿Ni a mi padre?

—A tu padre, menos que a nadie.

—¿Por qué?

—Sería largo de explicar... Ahora, vete... ¡Decirle todo a tu padre!... ¡Quién sabe de lo que será capaz!

Si haces cuenta de cumplir tu promesa, de nada. Si no la cumples... puede que sea capaz de muchas cosas...

Acabando de decir esto, Susie salió. El abogado se quedó temblando. El hecho de que el padre de la joven supiera su comportamiento para con ella lo juzgaba un peligro seguro. Empezó a meditar el modo de eludir este peligro...

Dora, al no encontrar al forastero, volvió a su casa. Encontró allí a John, que había vuelto. Temerosa, le dijo:

—No debes volver, John. Dices que Selby se oculta en el pueblo. Figúrate qué dolor para todos si te prende...

—Ni Selby ni diez Selbys me impedirán hablar con



el señor Brown. Necesito de sus consejos como del pan que como.

—Ya hablarás con él, hombre, te lo prometo, pero no te comprometas, viniendo al pueblo.

Volvió a acompañarle, para que se marchara.

El abogado, en cuanto Susie se hubo marchado,

volvió a hacer entrar en su despacho a Selby, al que dijo:

—Hermano Brown, estoy enterado de la obra de misericordia que está usted haciendo con la familia de esos dos fugitivos desdichados.

—En efecto, me inspira mucha piedad esa desgraciada familia...

—Es natural que toda la población esté de parte de los dos Tremmal, pero se necesita tener un corazón muy tierno para simpatizar con gente que está fuera de la ley... sobre todo... siendo quien usted es...

Selby, no dándose por aludido de esta indirecta, simuló perfectamente ingenuidad absoluta y repuso:

—¡Lástima que no pueda yo tener una conferencia con los fugitivos... con toda calma...

—¿Quieres usted tenerla de veras?—le preguntó el abogado, viendo en ello un medio de evitar el peligro que corría por lo de Susie.

—Claro que sí.

Pues nada más fácil. Dora, que tiene absoluta confianza en usted, le acompañará.

Salió Selby, dispuesto a ver a Dora y a que ésta le acompañara. Inmediatamente después, salió el abogado y se encaminó a la montaña, hacia donde los fugitivos se escondían, seguro de que no tardaría en aparecer por allí el forastero y de que el plan que llevaba, que era malvado, le saldría bien.

Selby tuvo que ir a la casa del pastor para ver a Dora, a la que dijo:

—Dora, deseo ir al escondite de los Trammal para hablar con John y con su padre...

—John también desea hablar con usted, de modo que vamos ahora mismo.

Algún tiempo después, cuando ya, en plena montaña, vislumbraron el refugio de los dos infortunados, Dora dijo:

—Tenemos que hacer el resto del camino a pie, pues ni hay posibilidad de llegar hasta allí con las caballerías.

—Perfectamente. Pero como ya sé dónde está el refugio, será mejor que usted regrese al pueblo y que vaya ya solo. A lo mejor estará allí mucho rato...

Convino en ello Dora, pero en lugar de volver al pueblo, se quedó allí viendo si Selby equivocaba el camino. Con gran sorpresa, vio que su acompañante perdía la ruta, pero exprolesamente, y que caminaba como en ciecho, estudiando el terreno. Tuvo, por lo tanto, de un golpe, la revelación de la verdad. No le cupo duda, desde aquel instante, de que el hermano Brown era Selby. Para evitar el daño que hubiera podido causar, llevándole hasta allí, corrió a avisar a los fugitivos de lo que sucedía.

Antes de que ella llegara al refugio, John columbró a Selby y gritó a su padre:

—Mira, viene a vernos ese forastero tan bueno que hay en el pueblo.

Su padre miró. Vio en la lejanía, ocultándose para no ser visto, a nuestro protagonista. Y dijo a su hijo:

Ese hombre es Chick Selby. Lo conozco muy bien.

En este momento, llegó ante ellos Dora, que exclamó:



—Sí, Selby es. Y yo tengo la culpa de todo, señor Trammal... Yo les hice traición, descubriendo a ese hombre este refugio, sin saber quién era, creyendo que venía a ayudarles, a consolarles.

John salió a la busca de Selby. Dora volvió al pueblo. Trammal se dispuso a buscar refugio más seguro.

Horas después, misteriosamente, Trammat era asesinado. Y poco más tarde, John, conducido por Selby, ingresaba en la cárcel del pueblo.

Corrió la voz en seguida de lo sucedido. En un corro, de gente, el abogado afirmó:

—Estaba cazando en el monte y vi a Selby capturar a John y matar al viejo.

¿Sería posible?

CUARTA PARTE

Poco más tarde, y momentos antes de que el tren en que se marchaba Selby llegara a la estación, donde ya el jinete esperaba, se personó allí Dora, como una furia, y gritó al hombre a quien tanto había admirado:

El Gobierno ofreció una recompensa al que se apoderase de Jaime Trammat vivo o muerto. ¿Va usted a reclamarla?

Selby sintió en su carne la herida que le hacían estas palabras, pero no repuso nada, volvió la espalda a Dora, para que no viese su turbación y se dirigió hacia el abogado, que acababa de entrar en la estación, y al que dijo en voz baja y firme:

Harvey, dentro de mes y medio vendré al juicio de John Trammat... que saldrá libre... De aquí a entonces, usted deberá casarse con Susie... ¿Me entiende? Para bien de usted, dígame bien, eso será lo mejor que puede hacer.

Pasó el mes y medio y llegó el día señalado para el juicio de John. Por la mañana, llegó Selby. El abogado lo supo. Se fué en seguida a ver al preso, al que dijo:

—Ván a dejarte libre, John, para que puedas vengarte del hombre que asesinó a tu padre, que precisamente ha llegado hoy mismo, sin temor a tu cólera... Para que te pongan en libertad, he prometido a todos los del Jurado que te vengarías... No me dejes en ridículo, ni te pongas tó.

En el mismo tren que había llegado Selby, había llegado una carta para Susie, que decía así:

«Señorita Susie Traurnal: Hemos encontrado a la esposa del señor Sam Harvey. Se casaron hace dos años. De usted atentos servidores. — *Clarke y Tuttle, abogados.*»

—¡Estaba casado!—exclamó la joven, rompiendo a llorar, en cuanto leyó la carta.—¡Lo que yo me figuraba! ¡Infame, más que infame!

A poco, para combatir en lo posible su desánimo, se marchó a la calle a dar un paseo. Selby, que acechaba, descomos de verla, se acercó a ella y le preguntó:

—Susie, ¿se casaron usted y Harvey?

—¡Oh, jamás podría usted figurarse lo sucedido!

Y así diciendo, le tendió la carta que acababa de recibir.

—No se apure—le dijo Selby, cuando hubo leído la carta. He venido a ayudarla en cuanto me sea posible...

—¡Usted! ¿En qué puede ayudarme usted? ¡Déjeme! ¡Aborrezco a los hombres!

Selby, dándose cuenta de la pena de la joven, no insistió. Pero ya no tuvo dudas de cuál era su deber respecto al abogado.

Este, por casualidad, vió a Susie y a Selby hablando y, comprendiendo en parte lo que podía resultar de aquella conversación para él, se fué a ver otra vez a John, al que dijo:

—Como te he dicho hace un rato, Selby ha tenido la audacia de presentarse aquí, en un día como hoy. Sin duda, para tratar de evitar que te pongan en libertad. Pero veo difícil que lo consiga... Yo he trabajado de firme para que salgas libre y lo conseguiré. Ahora bien; cuando te dejen en libertad, ¿tolerarás su presencia aquí? Sería un ultraje a la memoria de tu padre...

Todas estas palabras venenosas, no surtían tanto efecto como el abogado quería. Lo cierto era que el cerebro de John estaba perturbado más que por la amargura, por la decepción. No podía creer que el hermano Brown, que había transformado su alma, fuese el policía Selby. Sin embargo, tenía pruebas de ello, puesto que lo había detenido. ¿Pero sería, como decían, el asesino de su padre? Esto es lo que más trabajo le costaba creer. Recordaba la amabi-

lidad con que Selby le condujo a la cárcel, y las reflexiones que le hizo acerca de que lo mejor para él era estar preso y someterse a juicio en el que sería absuelto, pudiendo después vivir tranquilo y no fugitivo en la montaña y sin sosiego. Pero entonces, nada sabía aún John de la muerte de su padre. Esta terrible noticia la supo estando ya preso. ¿Cómo había sucedido la cosa? ¿Haría resistencia su padre y Selby le mataría? No podía creerlo. Le parecía que Selby era incapaz de matar. Sin embargo, todo le acusaba...

Llegó la hora señalada para el juicio. Los Jurados, que ya tenían intención de hacer veredicto de inculpididad, no encontraron ningún argumento en contra en las declaraciones de Selby. Antes al contrario, favorables a su designio. Así, pues, el acusado fue declarado inocente. Se echó toda la culpa al padre, ya muerto, consiguiendo, sin embargo, que mató, sin querer, como así era en verdad, y se consignó que el hijo sólo podía haber sido acusado por error, o sea, por la circunstancia de acompañar a su padre en aquellos momentos.

Por lo tanto, poco después, tramitadas ciertas exigencias legales, John sería puesto en libertad.

Selby salió del juicio satisfecho. Dora, indignada contra Selby, y contra sí misma, que se creía causa de todo, no había dejado en todo aquel tiempo de cubrirse de reproches, y no asistió al juicio por temor de encontrarse con el jurado y no poder contener su indignación. Este, cuando salió del juicio, satisfecho

como hemos dicho, se fue a ver a la hija del pastor, ante la que tenía que justificarse. Viéndole ella entrar, le gritó:

—¿Por qué ha venido usted aquí?

—Porque es preciso que me escuche, Dora,

QUINTA PARTE

Hubo una larga pausa, que ninguno se atrevía a interrumpir. Al cabo, Selby, más decidido, dijo:

—Dora, me figuro lo que usted debe pensar de mí, pero hay sentimientos a los cuales es preciso sacrificarlo todo... y uno de estos sentimientos es el del deber.

—Es una infamia llamar *deber* a las rastreas ambiciones personales... al deseo de ascender y de quedar bien ante sus superiores...

—No son ambiciones personales, Dora. Era un deber para mí cumplir el juramento como jinete de la policía fronteriza... No tenía yo otro remedio... Ahora, después de cumplido aquel deber al que me obligaba mi juramento, puedo hacerlo todo por John, que todo lo merece. Ya he empezado. Por lo pronto, ya es libre, que en la montaña no lo era...

—Perfectamente. Pero su procedimiento no fué honrado. Para cumplir su deber fué usted capaz de

explotar mi condescendencia y de matar al padre de John.

—Me acuso del primer delito, toda vez que mi intención era, por caminos parecidos malos, hacer un



bien al que parecía que hacía un mal. Prueba. De no haber preso a John, aun estaría fugitivo. Preso para toda la vida. Del segundo delito, no quiero ni disculparme. Pronto se sabrá la verdad...

—No le creo. Pero por sobre de todo, no hay deber que justifique el que haya usted matado la fe que nacía en el corazón de ese muchacho. Creía en

usted y ahora ya no podrá creer en nadie. ¡Debe, pues, salir inmediatamente de este pueblo! ¡Demasiado tiempo ha permanecido ya en él!

—Si soy culpable de que ese joven haya perdido la fe, mi deber es tratar de devolvérsela.

—Obligará a John a que le desafie a usted... ¡Es preciso, por lo tanto, que salga usted cuanto antes del pueblo! ¡Debe marcharse, salvarse... y salvarlo a él de que cometa un asesinato! ¡Hágalo usted... por mí... por mi amor hacia él... por mi antiguo cariño fraternal hacia usted.

—No me marcharé. He venido a salvar a John... y a capturar al verdadero culpable de la muerte de su padre... De la cárcel, ya está salvado... Ahora debo salvar su fe, y la salvaré... Luego, curaré sobre el culpable de aquel crimen... Si no caí antes sobre él, fue porque esperaba que realizase una acción buena para una mujer que sufre. No ha querido realizar esta acción, ni puede.

No habíaron más. John, que había sido puesto en libertad, azuzado por el abogado, llegó en busca de Selby, que le recibió sin ningún ademán de aprestarse a la defensa. Aquella actitud desarmó un tanto a John que, a poco, rehaciéndose, con el recuerdo de lo que el abogado le había dicho, exclamó:

—¡Que Dios me perdone lo que voy a hacer con usted, Selby! Pero usted mató a mi padre, y yo debo matarle, aunque los hombres no me perdonen.

—Todavía tienes fe en el perdón divino, John, y eso me alegra. Pero si haces fuego contra mí, perderás esa fe.

John, ante aquellas serenas palabras, bajó la mano en que sostenía la pistola, sin valor para disparar. Y con voz tenue, como un lamento, dijo:

—¿Por qué se ha portado usted así conmigo? ¿Por qué, después de haber transformado mi alma con sus palabras, se ha portado de forma tal que no puedo tener fe en usted?

Tal vez fué para ponerlo a prueba...

—¿A prueba de qué? Y, sobre todo, ¿por qué mató a mi padre?

—Ahí está el error. Yo no maté a tu padre, John. Vine a prenderos, por vuestro delito, por la buena o por la mala, y sin saber las circunstancias del delito. Conoci a tu novia, que te ama porque eres bueno; conocí a tu madre, que es una santa; conocí a tu hermana, que sufre por causa de un infame. Vi que erais dignos de compasión y no de persecución. Quité de mi propósito el de por las malas, para hacerlo todo por las buenas. Hice que Dora me enseñara vuestro refugio, para ir a veros y convenceros, por las buenas, de que os entregarais, que yo mismo haría después que fueseis puestos en libertad. De este modo, podríais vivir después tranquilos, y no siempre como alimañas en el monte. Sólo logré este propósito respecto a ti. Cuando fui a ver a tu padre, estaba muerto. Encontré en sus bolsillos este papel:

Diciendo esto, sacó un papel y leyó:

«A quien me mató o se apodere de mí:
Es preciso obligar a Sam Harvey a que se

NOVELA CINEMATOGRAFICA

case con mi hija Susie. Es su deber. Pero que nadie sepa antes el por qué. Ni su madre, ni su hermano. — *Jaime Trammal.*

Todos se quedaron estupefactos ante esta revelación.

Selby añadió:

— Sam, aquí presente, fué el que mató a tu padre, a mansalva, desde los matorrales, temiendo que le obligara, por las malas, a casarse con Susie. Yo no dije nada, esperando que se casara con ella. No se ha casado ni puede casarse. Llévalo—ordenó a las autoridades—a la cárcel.

Todos los demás le miraron con admiración. Especialmente Dora y John, que no sabían cómo pedirle disculpas por sus pensamientos respecto a él.

Susie se acercó a él y le besó las manos, como si acabara de salvarla de una pesada cadena. El le hizo elevar el rostro y le besó en la frente.

Habla lágrimas de emoción en todos los ojos.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART ACORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRS	WILLIAM R. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	ESSUE HAYAKAWA
BOSCO ARBUOLS (Patty)	WALTER HERS
RICHARD BARTELMER	HELEN HOLMES
EMMID BENNET	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK HOXT
CONSTANTIN BIDNBY	CHARLES HUTCHINSON
GEORGES BISCOT	GABRIEL HUGES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NABCYA CAPRI	ROMUALD JOURD
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CARRY (CAYENA)	ALICE JOYCE
JAMES CARMON	DIANA KARRHNE
IRVING CASTLE	TILDE KARSAY
MARGARITA OLAROK	RUSTY KEATON (Pamplona)
JANE CULW	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Lucille)	DORIS KENYON
ELENA CHADWICH	NORMAN KERRY
LON CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charles)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANGO
VIOLA DANA	LAURA LA PLANTE
GERB DANIELS (Zea)	DOUGLAS MAC LEAN
HELENA DARLY	VICTORIA LEFANTO
RACHEL DAVYER	MITCHEL LEWIS
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
CAROL DEMPSTER	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DESMOND	BERT LITTLE
LENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATHLEEN MAC DONALL	LUISA LORRAINE
LUCY DORAINB	ESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (Ho)
MISS DU-PON	MACISTE
MAXIME ELLIOT	CHARLES MACK
ELDONOR FAIR	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBANKS	LYA MARR
FRANKLIN FARNUM	MAE MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINA FARRAR	SHIRLEY MASON
ELISE FERGUSON	M. MATHE
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Cande Hugo)	THOMAS MEIGHAM
ALEC B. FRANCIS	MARY MILER WINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILLOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHEL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JEQUELINE GODSON	BLANCHE MONTEL
	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
 JACK MULHALL
 MAX MURRAY
 RENE NAVARRE
 ALLA NAZIMOVA
 POLA NEGRI
 ANA O. NILSON
 MARIE NORMAND
 MARIE O'BORNE
 SERA OWEN
 BABY PAGE
 JEAN PAGE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAW
 EILEEN PERCY
 HOUSE PETERS
 MARY PHILBIN
 JACK PICKFORD
 MARY PICKFORD
 RUDIE POLO
 HENNY PORTEN
 MARIA PRYSTON
 PRINCE (Salustiano)
 HERBERT RAWLINSON
 CHARLES RAY
 WALLACE REID
 FRITZI RATGEWAY
 M. RINSCKI

CAMILO DE RISSO
 WILL ROGERS
 RUTH ROLAND
 MARCELLE BOLLET
 WILLIAM RUSSELL
 PATSI RUTH MILLER
 JOE RYAN
 CLARISE SELWYEN
 LARRY SEMON
 GUSTAVO SERENA
 PAULINE STARK
 ANITA STEWAR
 GLORIA SWANSON
 CONSTANCE TALMADGE
 NORMA TALMADGE
 ALICE TERRY
 OLIVE THOMAS
 MADELAINE TRAVERSE
 RODOLFO VALENTINO
 VIRGINIA VAILL
 VERA VEEGANI
 MARIA WALCAMP
 GEORGE WALKER
 GLADIS WALTON
 FANNIE WARD
 PEARLT WHITE
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial. Apartado de Co-
 rreos 925. Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisiën	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	5'— "
" " Enfants	"	3'— "
" " Lingerie	"	5'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemens	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundini, Barbà, 15. Apartado 925—Barcelona